

En un mundo donde la diversidad de personas, amores, religiones, trabajos ... se hace cada día más visible, nos estamos dejando atrás una de incalculable valor y cuya distribución comprende todos los rincones del planeta Tierra. La diversidad biológica o biodiversidad comprende el conjunto de seres vivos y procesos naturales que pueblan este planeta y que estamos llevando a enfrentarse a situaciones límites. Amenazas que cobran una magnitud y se desarrollan a una escala temporal sin precedentes que deben ser atajadas inmediatamente y en muchos casos a través de medidas drásticas.

Recientemente la Plataforma Intergubernamental sobre la Biodiversidad y los Servicios Ecosistémicos (IPBES) presentó un informe donde se exponen cifras demoledoras para el futuro de la biodiversidad y, por ende, para los propios seres humanos. De los ocho millones de especies animales y vegetales descritas por la ciencia, un millón corre el riesgo de desaparecer en las próximas décadas. La temperatura global ha aumentado 0.7 grados de media desde 1980 (en algunas partes del planeta se han registrados aumentos de más de 1.5 grados) o desde el siglo XVI el ser humano ha sido el responsable de la extinción de casi 700 especies de vertebrados.

Nos quedamos sin tiempo y el archipiélago canario no se librá de dichas amenazas a no ser que nos impliquemos en controlarlas y mitigarlas. Pero aquí se nos plantea un dilema de gran envergadura, ¿cómo vamos a proteger lo que no se conoce?

¿Sabe usted que el pinzón azul de Gran Canaria es una de las aves más amenazadas de toda Europa y cuya población solo se concentra en un territorio muy pequeño y fragmentado? ¿Sabe usted que en el archipiélago canario, con su escasa superficie, se concentra más de la mitad de los endemismos de flora de todo el territorio nacional?. ¿Sabe usted que la culebra real de California o el rabo de gato son especies con un potencial invasor altísimo y se encuentran avanzando sin control por todo el territorio regional?

Si la respuesta a estas preguntas es un Sí, permítame felicitarle porque ha dado el primer paso para implicarse en la conservación de la biodiversidad. Sin embargo, si su respuesta es NO aún está a tiempo de “ponerse las botas” leyendo toda la información disponible sobre conservación de la biodiversidad en las Islas Canarias.

Todo ello está genial, pero ¿y ahora qué? ¿Cuáles son los siguientes pasos para empezar a revertir esta situación? Varios niveles de implicación se nos presentan. Si empezamos por los más someros podemos contribuir evitando arrojar vertidos comunes al medio natural. Hablamos de colillas que pueden tardar hasta 10 años en desintegrarse o el plástico que alcanza los 500 años en entornos marinos y terrestres. El uso excesivo del plástico es otro de los grandes retos a los que nos enfrentamos y cuya solución empieza por pedir que no le entreguen bolsa cuando va a hacer la compra al supermercado. Con gestos cotidianos estaremos luchando contra unos problemas que no entienden de especies ni de fronteras y en muchos casos terminará revertiendo en los propios humanos.

Así mismo debemos evitar potenciar la proliferación de animales exóticos como pueden ser los gatos. Las especies propias de las islas colonizaron el archipiélago hace millones de años y se han adaptado en todo ese periodo de tiempo a proliferar en entornos insulares sin la presencia de mamíferos que depreden sobre ellos o sus puestas. La introducción de gatos, al igual que la rata y el ratón, ha mermado considerablemente poblaciones de vertebrados en apenas unos siglos, ya que estas especies no tienen mecanismos de defensa ante el poder predatorio de las especies exóticas. Su mantenimiento en entornos salvajes no genera sino una pérdida irreparable de diversidad, especialmente en reptiles endémicos y aves nativas del archipiélago.

Un paso más allá nos lleva a involucrarnos en proyectos que se desarrollen en el entorno más cercano y que estén luchando por conservar la biodiversidad de las islas. Reforestaciones de ecosistemas canarios, erradicación de especies exóticas, campañas de recogidas de pardelas accidentadas por la contaminación lumínica, proyectos de apoyo a las energías renovables, ... La sociedad no debe de ser un sujeto pasivo a expensas de las administraciones públicas, sino que debe ser parte activa y demandar soluciones a partir de la implicación de todos los sectores. Al igual que los diferentes ecosistemas se arman a través de relaciones muy complejas entre todos los organismos y su entorno, una sociedad que avance hacia un futuro más limpio y esperanzador debe hacerlo coordinando a administraciones y empresas públicas, el sector privado y una ciudadanía proactiva con unos conocimientos que permitan divisar la realidad que vivimos.

En este aspecto, los ciudadanos debemos ser críticos con las actuaciones que se hacen en nuestro entorno y depositar la confianza de ciertas acciones en organismos y personas expertas en cada ámbito de actuación. Investigadores y universidades dedican años de esfuerzo, dinero y tiempo en conocer la realidad de las especies para así poder llevar a cabo actuaciones que sean eficientes y efectivas. Apoyar estas investigaciones nos garantizarán un futuro, que en los tiempos que corren es más que suficiente.

El tiempo corre en nuestra contra y el planeta necesita de nuestra reacción inmediata. Depende de cada uno de nosotros que dentro de unas décadas podamos estar orgullosos de lo conseguido o lamentándonos por la irreparable pérdida que afrontamos.

José Manuel Caballero Fernández